

PARTE II.

Nadie le ha acusado de que intentara nunca llenar su tesoro por la venta de los empleos, como á Luis XII, ó por medios rapaces, como á otro rey contemporáneo suyo, Enrique VII. No allegó caudal alguno⁵¹, y murió tan pobre, que apenas dejó en sus arcas lo suficiente para los gastos de su funeral⁵².

Su superstición.

Fernando era devoto, ó por lo menos exacto en el cumplimiento de los deberes exteriores de la religion: asistia puntualmente á misa; era escrupuloso en observar todos los preceptos y ceremonias de la Iglesia, y dejó muchas pruebas de su piedad, conforme á las costumbres de entonces, en suntuosos edificios y fundaciones para objetos religiosos. Aunque no fué supersticioso para aquellos tiempos, se le pue-

gon eran muy limitadas, y sin embargo las principales expediciones extranjeras se emprendian únicamente por cuenta de aquella corona; lo cual, y no obstante el auxilio de Castilla, explica y en cierto modo excusa las escasas remesas que Fernando hacia á sus tropas.

51 En cierta ocasion, habiéndole concedido las córtes de Aragon un servicio cuantioso (cosa que pocas veces ocurría), sus consejeros le advirtieron que lo guardara para un dia de necesidad. "Mas el rey, dice Zurita, que siempre supo gastar su dinero provechosamente, y nunca fué escasso en despendello en las cosas del estado, tuvo mas aparejo para emplearlo que para encerrarlo (Anales, t. vi, fol. 225)." Se debe confesar que el cronista da á su liberalidad mucho mas realce del que merece.

52 Abarca, Reyes de Aragon, tomo II, rey 30, cap. 24.—Zurita, Anales, t. vi, lib. 10, cap. 100.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 566.

"Vix ad funeris pompam et paucis familiaribus præbendas vestes pullatas, pecuniæ apud eum, neque alibi conges-

ta, reperta sunt; quod nemo unquam de vivente judicavit (Pedro Mártir, ubi supra)." Guicciardini cita el mismo hecho como prueba de la injusticia de las imputaciones que se hicieron á Fernando. "Ma accade" añade el historiador con mucha verdad, "quasi sempre per il giudizio corrotto degli nomini che nei Re è più lodata la prodigalità, benchè a quella sia annessa la rapacità, che la parsimonia congiunta con l'astinenza dalla roba di altri (Istoria, t. vi, lib. 12, página 273)."

El estado de las arcas de Fernando presentaba á la verdad gran contraposicion con el que tenian las de su real hermano Enrique VII, "cuyo tesoro de repuesto," para servirme de las palabras de Bacon, "que dejó al tiempo de su muerte, y que tenia bajo su propia guarda y llave, ascendia á la suma de un millon ochocientas mil libras esterlinas: espantosa masa de dinero aun para estos tiempos (Hist. of Henry VII, Works, vol. v, p. 183). Eduardo Coke hace subir esta enorme cantidad á "cinco millones y trescientas mil libras." Institutes, parte 4, chap. 35.

de acusar ciertamente de supersticion, porque contribuyó con Isabel á todas las medidas dignas de censura que ésta adoptó en Castilla, y no perdonó medio para afirmar el odioso yugo de la inquisicion en Aragon, y posteriormente en Nápoles, aunque por fortuna con menos éxito⁵³.

Fernando tiene sobre sí la acusacion mas grave de hipocresía, porque se observó que su católico celo le servia maravillosamente para adelantar sus intereses temporales⁵⁴, y que cubria con el velo de la religion hasta sus empresas mas reprehensibles. En esto no hacia mas que seguir fielmente la costumbre de aquellos tiempos. Algunas de las guerras mas escandalosas de esta época se emprendieron públicamente por mandato de la Iglesia, ó para defender á la cristiandad contra los infieles. Semejante ostentacion de motivos religiosos fué seguramente muy general entre los españoles y portugueses. El espíritu de las cruzadas religiosas, alimentado y enardecido por las contiendas con los moros, y despues por las expediciones de África y América, daba comunmente á sus sentimientos un colorido religioso, que derramaba sobre sus acciones y empresas cierta apariencia enga-

Le acusan de hipocresía.

53 Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 24.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 182.—Zurita, Anales, lib. 9, cap. 26.

En lo relativo al establecimiento de la inquisicion en Aragon, procedió Fernando con extraordinaria doblez. A consecuencia de la representacion de las córtes de 1512, en que aquellos valerosos representantes le espusieron las diversas usurpaciones del santo oficio, Fernando firmó un convenio reduciendo su jurisdicción; pero se arrepintió despues de estas concesiones, y en el año siguiente obtuvo de Roma una dispensa de su obligacion de cumplirlas. Esta conducta produjo una indignacion tan terrible en el reino, que Fernando tuvo por prudente renunciar á la gracia pontificia y pedir otra de confirmacion

de su pacto anterior. (Llorente, Hist. de l'Inquisition, t. I, pp. 371 y siguientes.) Bien se puede dudar qué fué lo que mas parte tuvo en este miserable juego, si la superstición, ó los motivos de política y de estado menos perdonables.

54 "Disoit-on," dice Brantôme, "que la reine Isabelle de Castille estoit une fort devote et religieuse princesse; et que luy, quel grand zeile qu'il y eust, n'estoit devotieux que par ypocrisie, couvrant ses actes et ambitions par ce saint zeile de religion (Œuvres, t. I, p. 70).—Copri," dice Guicciardini, "quasi tutte le sue cupidità sotto colore di onesto zelo della religione e di santa intenzione al bene comune (Istoria, t. VI, lib. 12, p. 274)." La vista penetrante de Maquiavelo no deja de notar el mismo rasgo. (Il Principe, cap. 21.)

PARTE II. ñosa, que frecuentemente ocultaba su verdadero carácter, aun á sus propios ojos.

Su perfidia. No es tan fácil absolver á Fernando de la acusacion de perfidia que los escritores extranjeros le han hecho tantas veces cubriendo de infamia su nombre⁵⁵, y que los de su país han procurado mas bien paliar que negar⁵⁶. Pero aun en esto es preciso proceder con imparcialidad y atender á los tiempos en que vivió. Nació en la época en que los gobiernos se hallaban en estado de transicion de las formas feudales á las que han tomado en los tiempos modernos: época en que la fuerza superior de los vasallos poderosos fué reducida por la política mas diestra de los príncipes reinantes. Era aquel el principio del triunfo de la inteligencia sobre la fuerza material, que hasta entonces habia dominado así á las naciones como á los individuos. Los reyes pues no hicieron mas que aplicar aquella política, que habian seguido en los negocios interiores, á sus relaciones con otras potencias, luego que á fines del siglo xv se saltaron las barreras que por tanto tiempo habian tenido separados á los diversos países. Italia fué el primer campo donde las grandes potencias vinieron á encontrarse en una especie de colision general, y en aquel país era donde esta artificiosa política se habia estudiado por primera vez, y despues reducido á sistema regular. Un solo pasaje del libro, que puede considerarse como el manual político de aquellos tiempos⁵⁷, nos servirá para juz-

55 Guicciardini, Istoria, lib. 12, pág. 273.—Du Bellay, Mémoires, apud Petitot, Collection des Mémoires, t. xvii, p. 272.—Ciovio, Hist. sui Temporis, libro 11, p. 160; lib. 16, p. 336.—Machiavelli, Opere, t. ix. Lett. Diverse, núm. 6, ed. Milano, 1805.—Herbert, vida de Enrique VIII, p. 63.—Sismondi, Républiques Italiennes, t. xvi, cap. 112.—Voltaire resume el carácter de Fernando en la enérgica sentencia siguiente: "On l'appellait en Espagne *le sage*, *le prudent*; en Italie *le pieux*; en France et à Londres *le perfide*." Essai sur les Moeurs, chap. 114.

56 "Home era de verdad," dice Pul-

gar, "como quiera que *las necesidades grandes* en que le pusieron las guerras, le facian algunas veces variar." Reyes Católicos, parte 2, cap. 3.) Zurita espone y condena esta mancha que habia en el carácter de su héroe, con una imparcialidad que le hace mucho honor: "Fué muy notado, no solo de los extranjeros, pero de sus naturales, que no guardaba la verdad y fe que prometia, y que se anteponia siempre y sobrepujaba el respeto de su propia utilidad á lo que era justo y honesto." Anales, t. vi, fol. 406.

57 Carlos V, en particular, manifestó su consideracion á Maquiavelo, ha-

gar de toda la política, cual entonces se entendia. "El príncipe prudente," dice Maquiavelo, "no observará ni deberá observar sus compromisos, cuando sean contra sus intereses y no existan ya las causas que le movieron á contraerlos⁵⁸." Abundantes pruebas de la aplicacion práctica de esta máxima nos ofrece la multitud de tratados de aquel tiempo, tan contradictorios entre sí, ó lo que viene á ser lo mismo para el objeto de que tratamos, tan confirmatorios unos de otros, que claramente demuestran la ineficacia de todas las obligaciones contraidas. No bajaron de cuatro los tratados en que en el discurso de tres años se estipuló solemnemente el matrimonio del archiduque Carlos con Claudia de Francia, y sin embargo Luis XII faltó á sus promesas y convenios, y aquel casamiento nunca se llevó á efecto⁵⁹.

Tal era la escuela en que Fernando habia de hacer prueba de su habilidad en competencia con los otros reyes sus hermanos. Tuvo un gran maestro en su padre D. Juan II de Aragon, y la esperiencia acreditó que no habia desaprovechado sus lecciones. "Era vigilante, cauto y sutil," escribe un frances contemporáneo, "y pocos serán los historiadores que puedan decir que fuera engañado en toda su vida⁶⁰." Jugó al mas diestro con sus contrarios, ganó, y sus triunfos le atrajeron, como suele suceder, las quejas de los que perdieron. En particular le sucedió esto con los franceses, cuyo rey Luis XII se habia arriesgado mas con él⁶¹. Pero no parece que Fernando merezca

biendo hecho traducir el *Príncipe* para su propio uso.

58 Machiavelli, Opere, t. vi, Il Principe, cap. 18, ed. de Génova, 1798.

59 Dumont, Corps Diplomatique, t. iv, parte 1, números 7, 11, 28, 29.—Seyssel, Hist. de Louys XII, pp. 228—330.—St. Gelais, Hist. de Louys XII, pág. 184.

60 Mémoires de Bayard, chap. 61.—"Este príncipe," dice el lord Herbert, que no estaba inclinado á aumentar los talentos ni tampoco las virtudes de Fernando, "fué tenido por el mas activo y político de su tiempo. Nadie supo mejor que él hacer servir á todos los demas

para sus fines, y hacer que los fines de los demas condujeran á los suyos." Life of Henry VIII, p. 63.

61 Segun ellos, el Rey Católico no se tomó gran trabajo en ocultar su traicion. "Quelqu'un disant un jour à Ferdinand que Louys XII l'accusoit de l'avoir trompé trois fois, Ferdinand parut mécontent qu'il lui ravit une partie de sa gloire: *Il en a bien menti, l'ivrogne*, dit-il, avec toute la grossièreté du temps, *je l'ai trompé plus de dix*." (Gaillard, Rivalité, t. iv, p. 240.) Esta anécdota ha sido repetida por otros escritores modernos, aunque yo ignoro en qué autoridad se funda: era Fernando muy hábil

PARTE II. un punto mas que su contrario la acusacion de mala fe⁶². Si abandonó á sus aliados cuando convino á sus intereses, á lo menos no tramó de propósito su destruccion, ni los entregó en manos de su mortal enemigo, como lo hizo su rival con Venecia, en la liga de Cambray⁶³. En la particion de Nápoles, que es el suceso mas escandaloso de aquellos tiempos, no tuvo Luis menos parte que Fernando, y si el rey de Francia se libró de la acusacion de haber usurpado el reino de Navarra, fué porque la muerte prematura de su general Gaston de Foix le privó del pretesto y de los medios de llevarla á cabo; y sin embargo, Luis XII, "el padre de su pueblo," ha pasado á la posteridad con buena y honrada reputacion⁶⁴.

Su insensibilidad.

Desgraciadamente para su popularidad, Fernando no estaba dotado del carácter franco y cordial, de aquella expansion del alma que inspira amor, sino que en la vida privada se conducia con la misma reserva é impenetrable frialdad que en la pública. "Nadie, dice un escritor de aquella época, "podia conocer sus pensamientos por la menor alteracion en su rostro⁶⁵." Frio y calculador, aun en pequenezas, demostraba bien claramente que todo lo referia á su persona. Si es-

político, para que comprometiera sus empresas echándola de fanfarron.

62 Paolo Giovio, compara sus respectivos méritos en este particular, en los términos siguientes: "Ex horum enim longè maximorum nostræ tempestatis regum ingenii, et tum liquidò, et multùm antea præclarè compertum est, nihil omnino sanctum et inviolabile, vel in ritè conceptis sancitisque fæderibus reperiri, quod in proferendis imperiis augendisque opibus apud eos nihil ad illustris famæ decus interesset, dolone et nusquam sine fallaciis, an fide integrâ verâque virtute niterentur." Hist. sui Temporis, lib. 11, p. 160.

63 Otro ejemplo no menos oportuno se encuentra en el auxilio poderoso que dió á César Borgia para sus inicuas empresas contra algunos de los aliados mas

fieles de Francia.—Véase á Sismondi, Republiques Italiennes, t. XIII, cap. 101.

64 Véanse los dulces panegíricos de Seyssel, St. Gelais y Voltaire mismo, sin contar los de Gaillard, Varillas, y demas *turba multa*, en que casi no se encuentra ni un punto de censura. Ciertamente es raro encontrar un solo escritor imbuido de tal manera del espíritu filosófico, que se haga superior á las preocupaciones locales ó nacionales que pasan con el vulgo por patriotismo. Sismondi es el único escritor en lengua francesa, de cuantos han llegado á mi noticia, que haya pesado los méritos de Luis XII en el fiel de la balanza de la historia, con imparcialidad y buena fe; y Sismondi no es frances.

65 Giovio, Hist. sui Temporis, lib. 16, página 335.

timaba á sus amigos, parece que solo era por los servicios que podian prestarle, y despues no siempre se acordaba de estos servicios: testigo el tratamiento nada generoso con que pagó á Colon, al Gran Capitán, á Navarro y á Cisneros, hombres que derramaron el lustre mas brillante y los bienes mas positivos sobre su reinado; testigo tambien su poco reconocimiento á las virtudes y grande afecto de Isabel, cuya memoria deshonoró tan pronto por un enlace con persona que bajo todos aspectos era indigna de sucederle.

El hallarse el nombre de Fernando al lado del de Isabel, al paso que da infinita gloria á su reinado, ofrece una contraposicion muy desventajosa para él. La reina era toda magnanimidad, desinterés y profunda adhesion al bien de su pueblo. El carácter del rey era el del egoísmo: el círculo de sus miras podia ser mas ó menos estenso, pero él era su centro constante é invariable. El corazón de Isabel estaba lleno de generosas simpatías de amistad y de la mas fina constancia al primero, único objeto de su amor. Ya hemos visto el grado de la sensibilidad del rey bajo otros respectos: no era mayor en esto, y se manifestó indigno de la admirable mujer á quien la suerte le habia unido, entregándose á aquellas culpables galanterías, tan generalmente admitidas en su tiempo⁶⁶. Finalmente, Fernando, príncipe político y artificioso, "que llevaba ventaja, como dice un escritor frances no muy su amigo, á todos los políticos de su tiempo en la ciencia del gabinete⁶⁷," puede ser considerado como el representante del ge-

66 Fernando dejó cuatro hijos naturales: un varón y tres hembras. El primero, D. Alonso de Aragon, le tuvo de la vizcondesa de Eboli, señora catalana. Fué nombrado arzobispo de Zaragoza cuando solo tenia seis años, sin embargo de lo cual manifestó en su conducta poca vocacion al estado religioso; tomó parte activa en los movimientos políticos y militares de su tiempo, y en sus galanterías parece que fué aun menos escrupuloso que su padre. Sus modales en la vida privada eran atractivos, y su conducta pública discreta. Su padre le miró siempre con particular afecto,

to, y al tiempo de su muerte le confió, segun hemos visto, la regencia de Aragon.

Fernando tuvo tres hijas, como he dicho, de tres señoras diferentes, una de las cuales fué noble portuguesa. La hija mayor se llamó D.^a Juana, y estuvo casada con el condestable de Castilla. Las otras, llamadas ambas Marías, profesaron en religion en un convento de Madrigal. L. Marineo, Cosas memorables, fol. 188.—Salazar de Mendoza, Monarquía, t. 1, p. 410.

67 "Enfin il surpasse tous les princes de son siècle en la science du cabinet,

PARTE II. nio peculiar de aquellos tiempos, al paso que Isabel, libre de todos los mezquinos artificios de la política, y resuelta siempre á conseguir los mas grandes fines por los medios mas nobles, fué muy superior á su siglo.

Triste fin de su vida. Con la pérdida de su ilustre consorte, puede decirse que Fernando se vió abandonado de su genio tutelar⁶⁸; desde entonces se eclipsó su buena estrella, no porque la victoria no siguiera constantemente sus banderas, sino porque en su casa habia perdido

“De la honrada vejez todo el encanto:
Amor, obsequio, honor, muchos amigos.”

Su malhadado enlace disgustó á sus súbditos castellanos. Desde entonces reinó Fernando á la verdad sobre ellos; pero mas por la fuerza que por el amor. La belleza de su jóven esposa le proporcionó nuevos manantiales de inquietudes⁶⁹, porque la desigualdad de sus

et c'est à lui qu'on doit attribuer le premier et le souverain usage de la politique moderne.” Varillas, Politique de Ferdinand, livre 3, disc. 10.

68 Brantôme da noticia de un apodo que los franceses daban á Fernando: “Nos françois appelloient ce roy Ferdinand Jehan Gipon, je ne sçay pour quelle dérision; mais il nous consta bon, et nous fist bien du mal, et fust un grand roy et sage.” Lo cual su antiguo editor esplica de esta manera: “*Gipon*, de l'Italien *giubone*, c'est ce que nous appellons *jupon* et *jupe*; voulant par là taxer ce prince de s'être laissé gouverner par Isabelle, reine de Castille, sa femme, dont il endossoit la *jupe*, pour ainsi dire, pendant qu'elle portoit les *chausses*.” (Vies des Hommes illustres, disc. 5.) Hay mas de arbitrario que de verdad en esta etimología. El *gipon* era una parte del vestido del hombre, y venia á ser, segun le define Mr. Tyrwhitt, una especie de casaca corta, y se lleva-

ba debajo de la armadura. Así es que Chaucer, en el prólogo á sus “*Canterbury Tales*,” dice, hablando del traje de su caballero:

“Of fustian he wered a gipon
All besmotred with his habergeon.”

Y lo mismo en su “*Knights' Tale*.”

“Som wol ben armed in an habergeon,
And in a brest-plate, and in a gipon.”

69 Mientras D. Fernando estuvo en Aragon, en 1515, cuando tuvo sus diferencias con las córtes, puso preso al vice canceller Antonio Agustin, por causa, segun Carbajal, de los celos que en él produjeron las atenciones que aquel funcionario tributaba á su jóven esposa. (Anales, MS., año 1515.) Es posible. Sin embargo, Zurita lo considera como una calumnia, atribuyendo la prision únicamente á causas políticas. Anales, t. vi, fol. 393.—Véase tambien á Dormer, Anales de la corona de Aragon. Zaragoza, 1697), lib. 1, cap. 9.

edades, y la inclinacion que D.^a Germana tenia á los frívolos placeres, hacian á esta señora tan poco á proposito para compañera de su prosperidad como para consuelo de su vejez⁷⁰. Su tenaz apego al poder le ocasionó mil rencillas vulgares con las personas á quienes estaba ligado íntimamente por los vínculos de sangre; rencillas que concluyeron por convertirse en odios mortales. Finalmente, las enfermedades físicas acabaron con la energía de su espíritu, terribles sospechas dilaceraron su corazon, y tuvo la desgracia de vivir mucho tiempo despues de haber perdido todo lo que hace la vida agradable.

Pero apartemos la vista de este lúgubre cuadro, para considerar CAP. XXIV. Sus prendas reales. la brillante época de los primeros años y del apogeo de su vida: aquella época en que, sentado con Isabel sobre los tronos reunidos de Castilla y Aragon, era muy amado de sus súbditos y muy temido y respetado por sus enemigos, y hallaremos mucho que admirar en su carácter: veremos su imparcial justicia en la aplicacion de las leyes; su viva solicitud en amparar al débil contra las opresiones del poderoso; la sábia economía con que llevó á cabo grandes planes, sin recargar á sus pueblos con tributos escesivos; su frugalidad y templanza; el decoro y respeto por la religion que mantuvo entre sus súbditos; la industria promovida con leyes saludables y con su propio ejemplo; la prudencia consumada con que supo llevar al mas feliz término todas sus empresas, y que le hizo el oráculo de los príncipes de su siglo.

Verdad es que Maquiavelo, que era el conocedor del carácter humano mas profundo de todos los de su tiempo, en una de sus cartas atribuye los triunfos de Fernando “á la astucia y buena suerte, mas bien que al saber superior⁷¹.” Es cierto que fué afortunado, y que la

70 “Era poco hermosa,” dice Sandoval, que le niega aun esta cualidad, “algo coja, amiga mucho de holgarse y andar en banquetes, huertos y jardines, y en fiestas. Introdujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos y aun sus reyes muy moderados en esto. Pasábansele pocos dias que no convidase ó fuese convidada. La que mas gastaba en fiestas y banquetes con ella, era mas su amiga.” Hist. del Emperador Carlos V, t. I, página 12.

71 Opere, t. ix. Lettere Diverse, núm. 6, ed. di Milano, 1805.

Su corresponsal Vettori es aun mas severo en su análisis de la conducta pública de Fernando. (Let. di 16 Maggio, 1514.) Estos políticos eran amigos de Francia, con quien Fernando es-

Juicio que sus contemporáneos formaron de él.

estrella de Austria, que empezó á levantarse á medida que la suya declinaba, no brilló nunca con resplandor mas magnífico y constante que la suya; pero no lo es menos que tantos triunfos conseguidos por una larga serie de años, acreditan bastante la buena direccion. "Los vientos y las olas," dice Gibbon con mucha verdad, "favorecen siempre al marinero mas hábil." El político florentino formó un juicio mas acertado y mas meditado, en la obra que presentó como espejo á los príncipes de su tiempo. En ella dice: "Nada produce tanto aplauso á un príncipe como las grandes empresas. Nuestro siglo nos ha ofrecido un ejemplo grandioso de esta verdad en Fernando de Aragon. Podemos llamarle dos veces rey, porque de débil que era se ha hecho el mas nombrado y glorioso de toda la cristiandad; y si consideramos bien la multitud de sus hazañas, deberemos reconocer que todas son muy grandes, y algunas verdaderamente extraordinarias."⁷²

Otros extranjeros eminentes de aquellos tiempos juntan su voz en estas extraordinarias alabanzas⁷³. Los castellanos, recordando la general seguridad y prosperidad que gozaron bajo su gobierno, parece que sepultaron con él⁷⁴ todas las quejas que habian tenido, y sus sú-

taba en guerra, y enemigos personales de los Médicis, á quienes este príncipe habia restablecido en el gobierno. Así que, como antagonistas políticos del rey Católico bajo todos aspectos, no estaban muy dispuestos á serle favorables en los juicios que formarían de su política.—Sin embargo fueron bien recibidos por el lord Herbert, que evidentemente los habia leído, aunque no cita esta correspondencia.—Life of Henry VIII, p. 63.

⁷² Opere, t. vi. Il Principe, cap. 21, ed. di Génova, 1798.

⁷³ Mátyr, que tuvo mejor ocasion que ningun otro extranjero para juzgar el carácter de Fernando, da el testimonio mas honorífico de sus prendas reales, en una carta que escribió cuando el autor no tenia ningun motivo para lisonjearle, es decir, despues de la muerte

de aquel rey, y escribiendo al médico de Carlos V. (Opus Epist., epist. 567.) Guicciardini, cuyas preocupaciones nacionales no estaban de parte del Rey Católico, pone otro testimonio casi no menos favorable en una breve sentencia: "Re di eccellentissimo consiglio, e virtu, e nel quale, se fosse stato constante nelle promesse, no potresti facilmente riprendere cosa alcuna." (Istoria, t. vi, lib. 12, p. 273.) Véase tambien á Brantôme (Œuvres, t. iv, disc. 5).—Giovio dice lo mismo, casi sin mas restriccion. Hist. sui Temporis, lib. 16, p. 336.—Navagiero, Viaggio, fol. 27,—y otros.

⁷⁴ "Príncipe el mas señalado," dice el primero de los historiadores castellanos en su robusto estilo, "en valor y justicia y prudencia que en muchos siglos España tuvo. Tachas á nadie pue-

ditos naturales, llenos de patriótico orgullo por la gloria á que elevó su pequeño reino, y de gratos recuerdos de su gobierno benigno y paternal, lloraron con profundo sentimiento y tristeza la pérdida del último de la respetable serie de reyes que rigieron á Aragon como reino separado é independiente⁷⁵.

den faltar, sea por la fragilidad propia ó por la malicia y envidia ajena que combate principalmente los altos lugares. Espejo sin duda por sus grandes virtudes en que todos los príncipes de España se deben mirar (Mariana, Hist. de España, t. ix, pág. 375, cap. último). Véase tambien otros tributos semejantes á su mérito, y con mayor estension en Garibay, Compendio, t. ii, lib. 20, cap. 24.—Gomez, De Rebus Gestis, fol. 148.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 42.—Ferrerías, Hist. d'Espagne, t. ix, p. 426 y siguientes, y en otros muchos autores antiguos y modernos.

⁷⁵ Véase el capítulo final del grande cronista de Aragon, que termina sus trabajos históricos en la muerte de Fernando el Católico (Zurita, Anales, t. vi, lib. 10, cap. 100). Citaré únicamente una muestra de los extraordinarios elogios que hacen de él los escritores nacionales, para probar la veneracion en que era tenida la memoria de Fernando en Aragon. Es de un escritor, cuya pluma nunca se prostituyó á la lisonja ni á los intereses particulares, y cuyo juicio suele ser ordinariamente tan sano como sincero es su lenguaje. "Quo plangore ac lamentatione universa civitas com-plebatur. Neque solum homines, sed

ipsa tecta, et parietes urbis videbantur acerbum illius, qui omnibus charissimus erat, interitum lugere. Et meritò. Erat enim, ut scitis, exemplum prudentiæ ac fortitudinis: summæ in re domestica continentiæ: eximie in publica dignitatis: humanitatis præterea, ac leporis admirabilis. ****Neque eos solum, sed omnes certe tanta amplectebatur benevolentia, ut interdum non nobis rex, sed uniuscujusque nostrum genitor ac parens videretur. Post ejus interitum omnis nostra juvenus languet, deliciis plus dedita quam deceret: nec perinde, ac debuerat, in laudis et gloriæ cupiditate versatur. ***Quid plura? Nulla res fuit in usu bene regnandi posita, quæ illius regis scientiam effugeret***. Fuit enim eximia corporis venustate præditus. Sed pluris facere deberent consiliorum ac virtutum suarum, quam posteris reliquit, effigiem: quibus denique factum videmus, ut ab eo usque ad hoc tempus, non solum nobis, sed Hispaniæ cunctæ, diuturnitas pacis otium confirmarit. Hæc aliaque ejusmodi quotidie à nostris senibus de Catholici Regis memoria enarrantur: quæ à rei veritate ne quaquam abhorrent." Blancas, Commentarii, página 276.